

# Dinámica urbana y planificación en el espacio turístico

Salvador Moreno Peralta.

El tiempo de ocio, como una parte intrínseca al tiempo vital de la mayoría de los ciudadanos de occidente, constituye uno de los grandes temas de este período entre siglos junto a tantos otros de una época cuya historia se está escribiendo al minuto: temas como la globalización de los mercados, origen de su potencia y, como hemos visto, de su debilidad, el desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación, las diásporas migratorias, la crisis de las ideologías con la caída del Muro de Berlín en 1989 y la que se está produciendo justamente ahora en la ribera Sur del Mediterráneo que echa por tierra esa cómoda certidumbre interpretativa que identificaba el irredentismo yihadista con lo musulmán, sin que nadie hoy sea capaz de hacer una mínima prospectiva de los cambios que en el mundo puedan producir a corto plazo estos fenómenos.

Desde las progresivas reducciones de la jornada laboral a lo largo del siglo XX, en episodios que jalonan las conquistas del movimiento obrero, hasta la actual ruptura del principio de economía clásica que ligaba la producción al empleo, lo cierto es que el tiempo **vacante**, el de no-trabajo, emerge de un modo u otro como un elemento esencialmente constitutivo del tiempo vital del hombre y la mujer modernos, con entidad propia, y no como el “negativo” del tiempo de la producción, según podía entenderse en la concepción tradicional. Podríamos decir que **reclamar hoy el derecho al trabajo implica reclamar en el mismo acto el derecho al tiempo libre que proporciona la interrupción periódica del tiempo productivo**, según las modalidades, convenios y pactos que se den en cada uno de los escenarios de la producción.

La evolución del sistema capitalista en el mundo occidental nos ha llevado a que las fuerzas del trabajo hayan pasado de su única acepción de **productores** a su doble de productores y **consumidores**, hasta el punto de que es, precisamente, la

magnificación de este último rol lo que ha determinado en el mundo la explosión de los mercados. (Podríamos decir, no sin ironía, que el funcionamiento del sistema, antes que trabajadores, lo que necesita es consumidores).

Y dentro de estos mercados, el más importante del mundo por el flujo de capitales que mueve y el efecto impulsor de economías inducidas es, sin lugar a dudas, el mercado del tiempo libre y del ocio, el **mercado del turismo**.

Efectivamente, hoy nadie discute el carácter verdaderamente estructurante del Turismo como un sector económico con autonomía propia, cuya presencia en el PIB de muchos países y regiones aporta el mayor peso porcentual y que, considerando en términos globales todas las actividades con él relacionadas, supone un 10% del PIB mundial, con una absorción del 10% del empleo, convirtiéndose así en el primer sector económico del planeta. Algo que desde el punto de vista de la producción, constituye un pilar básico de la economía andaluza, concretamente el 12,1% del PIB y 11,1% del empleo -con una especial concentración en el litoral y en la Costa del Sol malagueña- y que, desde el punto de vista del consumo el turismo es algo tan “natural” como el consumo de los electrodomésticos o los teléfonos móviles multiusos, hasta el punto de instalarse en nuestra cotidianidad como la atmósfera que se respira, sin que seamos capaces de tomar las necesarias distancias para el profundo conocimiento de una actividad humana, de un fenómeno social, que concierne a millones de familias, de productos y usuarios. Supongo que, al ritmo vertiginoso que hoy lleva la historia, sea extremadamente difícil tomar ciertas perspectivas con respecto al presente y, por lo mismo, elaborar una “ciencia” o una “filosofía” del Turismo como gran fenómeno de masas de los tiempos modernos. Es tan plural, compromete tantas cosas el Turismo -hostelería, restauración, recursos paisajísticos, historia, arte, cultura, territorio,

urbanismo, costumbres, folklore, etc. -que es difícil sustraerse a la visión sectorial, pues es mucho lo que se puede decir desde tantos y diversos ángulos. Pero **falta siempre una visión integral del Turismo**, una visión omnicompreensiva de todos los factores que en él intervienen y de la que puedan extraerse unas leyes generalizables, capaces de resolver la cuestión primordial de toda zona que tenga en el turismo su fuente principal de subsistencia: **la garantía de un desarrollo turístico, vital, económico y ecológicamente sostenible**. Y así estamos, aún hoy, después de más de medio siglo de la eclosión del turismo de masas, presos de una paradoja, de una contradicción insalvable: que el principal sector productivo del planeta constituya para muchos su principal amenaza. Y es que, urgidos por la inmediatez en la explotación de los recursos turísticos, ha faltado una visión del turismo como sistema o, si consideramos la especificidad de sus factores -tiempo de producción y espacio de referencia, actividades y territorio, gentes y lugares- una visión del turismo como auténtico **ECOSISTEMA SOCIAL** en el que todos sus ingredientes dispersos sean concordados hacia una especie de “equilibrio ecológico” que asegure su sostenibilidad frente a las amenazas siempre latentes de la depredación, la saturación, la pérdida de competitividad y el deterioro irreversible de los lugares que toca.

Tal vez en un intento de arrojar un poco de luz para desanudar esta paradoja debamos referirnos a unos orígenes, que no por evidentes resultan menos olvidados: las evidentes relaciones entre la economía y el territorio. Hoy día, ante la aparición en escena de esa especie de genios malignos e inmatrimales que nadie ve, que escapan a los controles políticos de los estados soberanos y que nadie es capaz de localizar en un lugar preciso como son los temibles **MERCADOS**, parece que la economía fuera un conjunto de leyes trascendentes y caprichosas como las veleidosas sentencias de los dioses griegos, sin ninguna conexión con el mundo



terrenal, pero no es así. Jamás lo **inconcreto** global tuvo tanta relación con lo **concreto** local; jamás el ubicuo y transversal espacio de los flujos y las redes tuvo una referencia más directa en el espacio de lo real, como han demostrado las revoluciones de Túnez y Egipto. Si uno se toma la molestia de navegar por Internet y ver las relaciones entre la economía china y su traducción territorial verá la enorme vigencia de las llamadas economías de aglomeración, es decir, que allí donde se da la mayor concentración de flujos de capitales, de transacciones comerciales, de gestación y transferencia de innovación y conocimiento son las tres áreas más superpobladas del planeta, como el golfo de Bohai, con el eje de Beijing-Tiajin y su inabarcable área de influencia, el delta del río Yangtse, con Shanghai como capital y el delta del río Perla con las zonas económicas especiales de Guangzhou, Shenzhen y Zhuhai como núcleos principales (una es-



*“Planeamiento urbano y turismo son dos palabras, dos conceptos, dos mundos que llevan más de cincuenta años caminando en nuestro país y, especialmente en el litoral mediterráneo de nuestra región, por aceras diferentes, mirando cada uno para otro lado”*

pecie, salvando las infinitas distancias, de nuestros polos de desarrollo tras el Plan de Estabilización de 1959). Pero no tenemos que irnos tan lejos en el espacio y en el tiempo: en la Costa del Sol malagueña, por ejemplo, los municipios turísticos con mayores recursos económicos son aquellos en los que se da la mayor concentración demográfica.

Así pues es inexcusable hablar de la estrecha relación del sector productivo con su espacio físico de referencia, de la economía y del territorio, de la planificación económica y de la territorial y, de una manera recurrente y algo cansina, como una serpiente de verano, volvemos a hablar hoy de planeamiento urbano y turismo.

Planeamiento urbano y turismo son dos palabras, dos conceptos, dos mundos que llevan más de cincuenta años cami-

nando en nuestro país y, especialmente en el litoral mediterráneo de nuestra región, por aceras diferentes, mirando cada uno para otro lado. Es una historia de desencuentros, de desencajes entre un continente -el planeamiento urbano- demasiado estrecho para un contenido - el turismo- que le desborda, como un traje mal cortado, como si a Pau Gasol lo vistiéramos de Messi. Pero no quisiéramos dar a entender que el turismo fuera, en sí mismo, una fuerza de crecimiento expansiva que hiciera saltar por los aires cualquier posibilidad de contención, para concluir que la planificación urbana no haya servido para nada y, aún más, que el destino de los planes urbanísticos -en concreto de los PGOUs de los municipios turísticos- no fuera otro que el de ser vulnerados, como si el incumplimiento de lo planificado fuera la condición misma de su desarrollo. Pero a la vista del deterioro medioambiental de algunos de nuestros destinos turísticos más acrisolados tenemos todo el derecho del mundo a pensar que lo ocurrido sí es la vulneración sistemática del planeamiento, cuando la cosa es más compleja. Por lo pronto podemos estar seguros de lo siguiente:

- a. Que no existen lugares más planificados en este país que los territorios turísticos y, en concreto, el litoral mediterráneo, desde los años sesenta hasta nuestros días.
- b. Que los efectos más perniciosos sobre el territorio que hoy puedan imputarse al desarrollo turístico se deben, precisamente, al cumplimiento de los planes de ordenación urbana, no a su vulneración. Todo lo que consideramos hoy esencialmente perverso- las murallas de hormigón, la invasión del medio litoral, la masificación, la sobredensificación o destrucción de los núcleos urbanos tradicionales, etc.,- se ha producido, precisamente, en estricto desarrollo de las determinaciones del planeamiento urbano.

c. Pues ha sido el planeamiento urbano el que decidió que los hermosos núcleos de arquitectura tradicional y popular crecieran y fueran ocupados en los años sesenta exactamente igual que se ocuparon los cinturones periféricos de nuestras ciudades, con bloques aislados de apartamentos con la coartada arquitectónica de estar haciendo “arquitectura funcionalista”, sinónimo de modernidad, a pesar de haber sido ya discutidos en el CIAM de 1938. Fue el planeamiento urbano- y no su vulneración- el que decidió que no hubiera grandes diferencias entre la “lógica” que subyace en cualquier polígono de viviendas de la Obra Sindical del Hogar y la configuración de lo que podríamos llamar “núcleo duro” de Torremolinos, Fuengirola, Calviá Benidorm o Laredo. Fue el planeamiento urbano el que, alarmado por estas aberraciones tras la recesión por la crisis del petróleo a mediados de los setenta, decidió encauzar el desarrollo turístico por los derroteros de otras aberraciones aún mayores, como la arquitectura folclórica, falsa e impostada- mezcla de pueblos mexicanos, cashbas magrebíes y decorados de Simbad el Marino- que son los llamados “Pueblos Mediterráneos”, que es como una arquitectura vernácula de ida y vuelta filtrada por el tópico de la mirada anglosajona. Fue el planeamiento urbano el que, alarmado igualmente por el parámetro “altura edificable” y con unas cínicas resonancias de índole ecologista decidió emular al “sprawl” americano con enormes, confusas y difusas urbanizaciones residenciales, ferozmente devoradoras de suelo, pero de poca altura y una densidad lo suficientemente baja como para no dar lugar a la afloración de un mínimo de vida urbana comunal, todo ello con casas aisladas o adosadas bajo la coartada- de nuevo la coartada cultural- de los principios de la “ciudad jardín” de Howard y Unwin. Es hoy el planeamiento urbano el que, creyendo propiciar un

producto arquitectónico controlable, ha sembrado las laderas de las segundas y terceras líneas de costa con bloques escalonados de Planta baja+2+ático, como si el escalonamiento arquitectónico tuviera por sí mismo un feliz acoplamiento con la inclinación de las laderas, con las leyes naturales de la topografía.

Bien, era inevitable que estando entre arquitectos nos lanzáramos rápidamente a hablar de los conflictos entre Turismo y Arquitectura, pero el verdadero problema es de más calado. Y es que **el planeamiento urbano casi nunca ha entendido el turismo**, y por ahí quisiera continuar esta disertación.

Aunque sean sobradamente conocidas, merece la pena recordar brevemente de qué bases partimos. **Junto con la emigración, sabido es que el Turismo fue la gran fuente de captación de divisas a principio de los sesenta del pasado siglo para abandonar la autarquía e iniciar el despegue económico conocido como “milagro español”** (podemos considerarnos hijos del mayo del 68, de la Transición democrática, de la revolución informática, de cualquiera de los hitos que han determinado los derroteros de la historia reciente pero, sin duda ninguna, todos los españoles de hoy somos hijos o nietos del Plan de Estabilización económico de 1959. Tenía razón la guardia civil de la época en prohibir los bikinis: se empezó tolerando un bikini en las playas y se acabó en un régimen de libertades democráticas con una ministra de Defensa embarazada. Si Franco levantara la cabeza ). Pero pasada una primera época de fascinación por un tipismo ligado a una inocencia casi “rousseauiana”, rápidamente pudo verse cómo lo que **el turismo realmente estaba haciendo era funcionar como motor del sector inmobiliario, que era donde realmente se producía la máxima acumulación de capital.**

En los ciclos económicos expansivos y, sobre todo en los países en vías de desarrollo (como fue nuestro caso y hoy lo es el de Marruecos, por ejemplo), ya se sabe que no hay sector más agradecido que el inmobiliario: genera unas rápidas y elevadas plusvalías, activa el consumo y el empleo en diversos subsectores y difunde el optimismo psicológico de quien percibe estar aumentando su nivel de vida. No importa que sea una industria retroalimentada con poco valor añadido y consumidora insaciable del activo “suelo”: las fortalezas del crecimiento hacen olvidar siempre las amenazas de la recesión, y no hay partido político que se resista a la tentación de apuntarse a la fiesta, por más que cuatro crisis en los últimos treinta años deberían haber sido suficientes como para poner un poco de racionalidad en el modelo de producción.

La crisis más fuerte de las aludidas fue sin duda, la del petróleo de mediados de los setenta del pasado siglo, que acabó con las visiones taylorista y fordista de la producción y puso fin a tres décadas de Estado del Bienestar. En lo que a nosotros se refiere, la crisis fue más bien de oferta que de demanda, pues si bien el encarecimiento del petróleo desencadenó un aumento generalizado de los precios y una pérdida del poder adquisitivo de nuestros clientes turistas, nuestro país seguía siendo competitivo en los precios. *(Sin quitarle méritos a los esfuerzos permanentes del sector, lo cierto es que parte de nuestra solidez y desarrollo turístico se ha basado en la ventaja competitiva de los precios; cuando éstos se han equilibrado con los de los países emisores, especialmente tras la entrada en la zona euro, España ha tenido que competir con la excelencia de sus propios recursos. En unos casos lo ha logrado, pero en otros pudo comprobar cómo estaba ante una crisis de oferta, que empezaba a deteriorarse en la degradación y saturación ambiental de algunos lugares, en el descenso de calidad de algunos servicios, por no hablar del descrédito internacional por algunos escándalos financieros, como fue el caso de SOFICO, en los setenta y, más*

*recientemente, la corrupción urbanística de tantos municipios costeros en todo el litoral español, aunque el caso de mayor repercusión mediática haya sido la Marbella del modelo Gil y los espantosos efectos publicitarios de la Operación “Malaya”. En definitiva, todas las circunstancias que llevaron a la necesidad de redactar años más tarde los Planes de Excelencia Turística en municipios turísticos saturados (los planes Futuros) y, después de no haber aprendido ninguna lección, volver a reeditar esa “toma de conciencia” mediante el actual Plan Qualifica, por ejemplo).*

Hoy, sin embargo, estamos ante el desconcierto de una recesión global, una crisis que es de oferta, de demanda y de modelo económico, sencillamente, porque ha desaparecido el dinero. La inercia del Turismo sigue siendo fuerte, aunque, a nivel mundial, se haya producido un descenso del 8% con respecto al 2008 en los cuatro primeros meses del año, y de un 10% en Europa, que constituye nuestro principal mercado. En Andalucía sigue funcionando como el principal motor económico de la región, concentrando el 12% de la mano de obra aunque, según Analistas Económicos de Andalucía, se prevé una caída de la demanda hotelera de un 12% y un descenso en el tráfico aéreo del 16%.

Es sabido que la política del gobierno se afanó en exorcizar la crisis por el simple procedimiento de no nombrarla, desde ese dudoso criterio, de inspiración bursátil, de que el pesimismo llama al pesimismo. Bien, no contribuyamos a incrementarlo, aunque estemos en pleno incendio, pero sí hagamos de una vez alguna reflexión sensata, una advertencia prudente: el incendio se apagará, tarde o temprano y entonces se hará evidente lo que ocultaba su cortina de humo: la raíz profundamente esquizofrénica de la política turístico-urbanística de nuestro país, una constante desde el primer Plan de Desarrollo de 1960 hasta nuestros días. Ya entonces, como expresa Fernando Terán en su clásico es-



**El Turismo son recursos,  
pero éstos no son nada si no se  
convierten en productos que  
interactúen entre ellos,  
en sinergia, ofreciendo una  
versión diversa, rica, vital  
del hecho urbano.**

tudio “Planeamiento Urbano de la España Contemporánea”, la Dirección General de Urbanismo del Ministerio de la Vivienda manifestaba su seria inquietud por la especulación inmobiliaria y el riesgo de que la ausencia de planificación acabara matando la gallina de los huevos de oro de nuestras costas turísticas, mientras las Comisiones Provinciales de Urbanismo, al fin y al cabo instrumentos locales del mismo Partido Único, hacían caso omiso de las directrices de Madrid. *(Conocida es la anécdota del Ministro de Información y Turismo, Alfredo Sánchez Bella, que, escandalizado ante la contemplación de una barrera de edificios desde el Palacio de Congresos de Torremolinos, preguntó irritado quié en había hecho eso. Alguien del séquito le respondió discretamente jugándose el puesto: “Nosotros, señor ministro”).*

Hoy como ayer, la misma Administración que ha tolerado subrepticamente el desmán urbanístico como condición necesaria para la acumulación de capital y el crecimiento económico es la que se enroca luego en un caparazón normativo y burocrático que ignora por completo la realidad sobre la que actúa. Y éste es para mí el aspecto clave de la cuestión. Seguramente son de sumo interés las medidas coyunturales que desde el sector turístico se estén arbitrando para salvar la temporada: no entro en si es una buena medida pagar tres noches de hotel por el precio de una, o que los viajeros de Rynair viajen de pié como en un autobús urbano. Dejo eso para los expertos en capear temporales. Me interesa más intentar transmitir humildemente mi opinión sobre el verdadero conflicto de base que ha existido siempre entre la planificación urbana y la actividad turística.

Y éste no es otro que el hecho de que nunca, repito, **nunca**, el planificador urbano ha sabido entender la especificidad conceptual, fenomenológica, física, del espacio turístico. **El espacio turístico no es un espacio urbano normal. Es una instancia anímica, un territorio de la imaginación, de los anhelos del ser humano para satisfacer sus necesidades**

de ocio, de evasión, la excitación de lo inusual, la diferenciación de lo cotidiano. Y aún con el interesantísimo fenómeno del llamado “turismo residencial”, en el que el turista pasa de ser un ente transitivo a ser un “ciudadano”, adoptando otra geografía distinta a la de su origen como lugar de residencia permanente o cuasi permanente, esta opción encierra también una cierta componente de fantasía, de evasión anímica hacia otro lugar que es físico, pero también del espíritu, de un imaginario que es personal y a la vez colectivo. Cuando, llegadas las vacaciones, nos embutimos en el disfraz de turista y nos desplazamos a cualquier lugar, éste ha sido escogido en la agencia de viajes según nuestra propia fantasía- o la que te haya sabido fabricar el astuto vendedor- pero siempre confiamos en que los lugares de elección se comporten como se espera de ellos. ¿Que esto es una ficción, una impostura, una venta de geografías hiperreales? Tal vez sí, pero también lo eran la Toscana o Grecia para los viajeros del Gran Tour en el siglo XVIII y XIX. Borges decía, “¡qué lindo ser habitantes de una ciudad que haya merecido un gran verso!”. A veces basta un verso para convertir un lugar en turístico, (*la Alejandría de Kavafis*) un modesto monumento cargado de historia, (*la taberna de Zurich donde surgió el dadaísmo, la casa donde se inició la composición de la Marsellesa en Estrasburgo*) los restos de un pasado industrial, (*como la transformación de la ría de Bilbao o el Parque Dwisburg-norte de Renania, sobre las antiguas instalaciones de la fundición Thyssen*) o los escenarios de eventos gloriosos, (*como el campo de Waterloo, el cabo Trafalgar o las playas de Normandía*) incluso los escenarios del horror y el dolor (*los campos de concentración de Aushwitz, Dachau o Mautthausen*) nada escapa hoy a la posibilidad de que todo tenga una dimensión turística, porque el secreto está en la mirada del viajero, y esa mirada se educa, se conforma, se fabrica, se estimula. La industria turística no consiste en estafar a un japonés haciéndole pasar por chanquetes filamentos de cebolla re-

bozada, sino en enseñarle cómo la luz de Sevilla, Cádiz o Málaga reverbera en sus catedrales, en sus calles y en las fachadas de sus pueblos blancos, en los esplendores de los patios sevillanos o los misteriosos de la judería cordobesa, o en las murallas de la Alcazaba almeriense con una transparencia inusual, y que esa misma luz es la que saca la gente a la calle animándola con un bullicio de kermesse permanente. **El Turismo son recursos, pero éstos no son nada si no se convierten en productos que interactúen entre ellos, en sinergia, ofreciendo una versión diversa, rica, vital del hecho urbano. Nos sigue costando mucho trabajo pensar en el Turismo, no sólo como una industria, como un sector productivo, como un lapso temporal en la vida de la mayoría de los ciudadanos productores/consumidores, sino como un hecho urbano, un fenómeno esencialmente urbano, pero con unas singularidades que no somos capaces todavía de incorporar a la, digamos, normalidad de una forma de vida cotidiana. Seguimos viendo lo turístico como la “tematización” de un lugar, como un atributo que le cae a una ciudad encima que a veces parece revolverse al grito de : ¡Por favor, déjenme ser una ciudad auténtica, y no una impostura tematizada para esporádico consumo de foráneos en temporada alta!**

¿Cómo podemos entonces planificar esas ciudades, esos lugares, con el mismo enfoque, con las mismas fórmulas administrativas, con los mismos reglamentos que los grises escenarios de nuestra cotidianidad, con sus relaciones rutinarias entre el trabajo, la residencia y la cuota de ocio semanal, todo ello en **lugares segregados?** ¿Cómo se pueden burocratizar espacios que pertenecen al reino de la fantasía? ¿Cómo pueden ser objeto de los mismos reglamentos, las mismas leyes, los mismos estándares, una ciudad industrial de la sub-bética que una conurbación del litoral mediterráneo? ¿Cómo una misma Ley urbanística puede contemplar bajo el mismo prisma Lucena que Marbella?)

Pero, sin perder de vista la crisis, y sin el ánimo pretencioso de aportar un recetario de soluciones, centrémonos en algunas ideas de cómo el planeamiento urbano puede hacer frente a esa crisis en nuestro territorio turístico más próximo, conocido y emblemático, la Costa del Sol y su “hinterland”.

De entrada hemos de decir que la Costa del Sol ocupa un lugar privilegiado en el marco de la Nueva Economía, por muy en crisis que ésta se encuentre. La geografía de los lugares fuertes, en esa Nueva Economía, es la de aquellos en los que pueden darse simultáneamente las tres funciones básicas en que se despliega la vida en la mayoría de los seres humanos del mundo tecnificado: **la residencia, el ocio y el trabajo** (funciones que en el urbanismo tradicional- todavía hoy consagrado por la legislación vigente- se desarrollaban en espacios segregados), siempre que en ellos se dé el factor aglomerante de los tres ingredientes, esto es, esa capacidad de satisfacer el mayor número de exigencias ciudadanas, y de la mejor manera posible, que hemos llamado **calidad de vida** (clima, infraestructuras, acceso a la Red, facilidad de transportes, máxima capacidad de intercambio modal, conexión con los grandes centros emisores del turismo centroeuropeo, “hinterland” cultural, universidades, calidad de los servicios, completa asistencia médica, y preexistencia en el entorno de núcleos urbanos que aporten factores de identidad, proximidad y capacidad de referencia a lo local). El espacio turístico de la Costa del Sol y, por extensión, todo el litoral andaluz, desde Ayamonte a Pulpí, con todas sus carencias y necesidades, representa esa riqueza, complejidad y diversidad con las que la ciudad, lo URBANO, se expresa en el mejor de sus registros. Esa **DIVERSIDAD, frente a otros destinos unifuncionales y monotemáticos, es la condición esencial de la fortaleza turística hoy**, y, por tanto, de este territorio cuya imagen de marca “Costa del Sol”, con todas sus crisis, avatares y deterioros, lo tienen situado en el

mapa mundial desde los comienzos del turismo de masas. *(No es por casualidad, pues, que las ciudades más turísticas del mundo sean aquellas capitales que más peso específico de DIVERSIDAD pueden acumular, como NuevaYork, Londres, París o Berlín, por ejemplo)*

Porque, en definitiva, y aquí radica la indiscutible novedad de la Costa sobrevenida en los últimos años, **con la eclosión del turismo residencial en la conurbación costera se superpone una gran variedad de usuarios que, en su conjunto, anuncia un tipo de sociedad (y sociabilidad), con su correlato en el modelo urbano, absolutamente nuevo, complejo, tan rico cultural y urbanísticamente como difícil de entender si le aplicamos las viejas lentes del urbanismo tradicional.**

El modelo urbano de la Costa del Sol es, como decimos, el de una conurbación, un continuo urbano generado por unas pautas y estrategias de ocupación que ya hemos apuntado, pero que no dudaríamos en calificar de **indiferenciado**; y es justamente ese calificativo lo que nos debería estar orientando la tarea a seguir, esto es, lograr que ese espacio, verdadero reflejo a escala reducida de la actual sociedad urbanizada mundial- que es continua en su urbanización, pero discontinua en su funcionalidad, en sus intensidades y en sus significados, pueda ser, precisamente, **diferenciado, identificado como una sucesión de LUGARES**, es decir, ámbitos que sean en sí mismos como una especie de reflejo o microcosmos de la ciudad toda, que desde ellos no se tenga la sensación de estar en una situación periférica, marginal o suburbial, sino con todas las connotaciones de la centralidad, entendiéndolo por ésta la complejidad de funciones que entraña el vivir: la residencia digna, los comercios, los equipamientos, el espacio público, los lugares de ocio y, en la medida en que hoy lo posibilitan las Nuevas Tecnologías, los espacios laborales. ¿O es que no pueden ser también turísticos los espacios laborales?

Sobre iniciativas turísticas que cuando se construyeron en su momento fueron, justificadamente, consideradas inadecuadas, o incluso aberraciones, el tiempo ha trabajado a favor, dicho sea esto al margen de la opinión que nos merezca su calidad arquitectónica, que ya la hemos expresado. La vida urbana ha cuajado en ellas, han pasado de ser turísticos espacios “urbanoides” (como los llama el crítico del New York Times Paul Goldberger) a espacios **urbanos**, consolidándose como verdaderos barrios desestacionalizados, equipados, diversos y vitales. Tales son los casos de las urbanizaciones como Calahonda, Playamar, núcleos tradicionales como el Arroyo de la Miel en Benalmádena o el aparentemente irredento Torremolinos. Incluso urbanizaciones con un alto grado de dispersión a lo largo de la carretera de la costa- la CN-340- han logrado destilar lugares de encuentro, de reunión, espacios en los que la población indígena coexiste- aunque rara vez se mezcla- con verdaderas colonias de extranjeros, predominantemente ingleses. Guste o no, lo cierto es que en

la costa se ha conseguido “ciudad” en muchos lugares. Más difícil es que este concepto sedimente en las promociones de última generación que se estaban construyendo al sobrevenir la crisis y que testimoniaban claramente que no nos habíamos enterado de nada y que seguíamos repitiendo los mismos errores de siempre.

El futuro de la costa, aún en plena crisis, es un impagable banco de experimentación del devenir turístico de los próximos años, **siempre que confiemos más en nuestro propio “know how” basado en la madurez de la experiencia** que en la reproducción mimética de las mismas fórmulas anteriores aplicadas a ámbitos diferentes. *(Es penoso ver, por ejemplo la reproducción “ad náuseam” de pequeños Algarrobicos en las colinas de Mijas, las mismas longanizas de viviendas adosadas de color caca marraquesa asfixiando los greens de algunos campos de golf, las mismas ofertas residenciales para demandas que ya no existen, o elefantiásicos centros*

***“No es justo despachar a la Costa del Sol como un simple fenómeno inmobiliario cuando en su función turística ha respondido siempre a lo que se le pedía”***



*comerciales junto al grotesco monumento al Turista en Torremolinos, etc* ). Recogemos aquí la estimulante invitación del Plan Qualifica de **“transformar el modelo imperante para innovar y convertir esta transformación en un referente a escala mundial de los procesos de recualificación turística”**. Suena bien, pero es mucha la inercia que hay que vencer todavía.

En segundo lugar urge una nueva definición de lo que es el **ESPACIO TURÍSTICO**. Un destino turístico no es ya sólo un lugar de tránsito con cuatro atracciones diversas para ser acibilladas por cámaras digitales; no puede ser SÓLO un paréntesis temporal, estacional, un gueto o un producto aislado, sino que es algo que **compromete a la región en la que deja sentir su influencia**. Esta nueva realidad urbana plantea unas exigencias ineludibles sobre las comunicaciones generales, no sólo internas sino con el resto del país y con los centros emisores del turismo exterior, de ahí la enorme importancia de las últimas infraestructuras aéreas, marítimas y ferroviarias. (*Una de las claves de la Costa es justamente el hecho de que la casa de un turista residencial esté situada en el radio de acción de una hora desde el aeropuerto, lo que permite una relación semanal, con los vuelos de bajo coste, entre su lugar de origen y su segunda residencia costasoleña, hasta el punto de no saber muy bien cuál es ya la primera*). Pero si esto fuera sólo así, no nos engañemos, la palabra “turismo” perdería todo su significado, y esta Costa es, por mucho énfasis que pongamos en las excelencias del hecho de residir, un **DESTINO TURÍSTICO**, y es precisamente esa fecunda cohabitación entre la “normalidad” de lo cotidiano residencial con la espectacularidad y la atracción que lo turístico por su propia naturaleza ha de tener, lo que determina la fascinación por estos lugares, la absoluta novedad del producto y la inaplazable exigencia de ser entendido de otra manera a como lo han hecho las rigideces del urbanismo doctrinario.

En tercer lugar deberíamos aclararnos con otro concepto que ha acabado por ser volátil, de tanto manosearlo: el nuevo concepto de **CALIDAD**, en el contexto del turismo de masas. Y permítanme que a este respecto hagamos algunas reflexiones.

Hay una opinión, muy arraigada en el sector inmobiliario- que no en el turístico- de que la “calidad turística” es un problema de ordenación territorial planteado en términos cualitativos y no cuantitativos, como si ambos aspectos pudieran desvincularse, Es decir, que la cantidad turística puede ser ilimitada siempre que las infraestructuras la soporten y la calidad de lo ordenado y construido sea buena. Este argumento, evidentemente tramposo, ignora que, cuando se supera la capacidad de carga de un lugar, aquellos desarrollos urbanos que apostaron desorbitadamente por las sinergias de la aglomeración y la compacidad, llegan a un punto en el que, aparte de su intrínseca insostenibilidad, el aumento cuantitativo da al traste con los factores cualitativos que han funcionado como el atractivo primigenio de esos lugares. El espacio urbano necesita vacíos para articularse, **silencios de ocupación** para respirar y deslindar lugares reconocibles: el continuo urbano no sólo es insostenible en términos ecológicos sino también anímicos y, a los fines de lo que venimos sosteniendo aquí, económicos, pues la “fantasía” que subyace en nuestra oferta territorial no es la de Benidorm sino otra muy distinta, en la que las aglomeraciones y extensiones se suceden como sístoles y diástoles, mezcla de ciudad compacta y dispersa, vecindad y aislamiento, los atractivos de la promiscuidad latina y la celosa intimidad del hogar británico. Saturar el lugar repercute negativamente en la calidad de los servicios y nos acerca a la fisonomía de las densificadas ciudades metropolitanas, escenarios de los que uno quiere escaparse. Pero nadie abandona las ciudades industriales centroeuropeas o británicas, brumosas

pero equipadas, para cambiarlas por un entorno medioambiental parecido pero más degradado y peor equipado, por muy bañado de sol que esté.

Una segunda reflexión es que, claramente, el Turismo es uno de los factores que más aceleran la historia de los lugares allí donde es su principal recurso, dada la enorme agitación y fluctuación de sus tendencias. No escatimamos críticas a los excesos cometidos en la Costa del Sol, pero, a fuer de justos, habría que distinguir lo que ha sido una sobreexplotación inmobiliaria al margen de una función específicamente turística, de todo lo que la Costa ha estado respondiendo de acuerdo estrictamente con la demanda de cada momento, veleidosa, cambiante y dependiente, casi siempre, de factores externos al propio destino, ligados, a su vez, y de una forma muy directa, a las fluctuaciones de la economía mundial; ya lo hemos dicho antes: apartamentos “a la americana”, (cuando esto era la modernidad) urbanizaciones extensivas y viviendas aisladas para la tercera edad centroeuropea que buscaba sol y paz en su jubilación, condominios cerrados o semicerrados cuando la “jet-set” exigía seguridad, viviendas adosadas y pueblecitos mediterráneos cercando espacios mancomunados al alcance de las clases medias europeas y españolas como segunda residencia. No es justo despachar a la Costa como un simple fenómeno inmobiliario cuando en su función turística ha respondido **siempre** a lo que se le pedía, aun que no **siempre** fuera consciente de que estaba siendo utilizada como un factor estratégico en la reactivación económica de nuestro país y nuestra región.

Pero nos tememos que cuando desde el lenguaje oficial se habla de recuperación de la “calidad perdida” realmente se está invocando una calidad **nostálgica** perteneciente a un mundo periclitado, del cual la costa fue en sus albores un brillante escenario. Pero la nostalgia es el enemigo princi-

pal del futuro, porque desde ella no es posible entender el presente y, por tanto, nos incapacita para asignar un nuevo significado a este concepto de **la calidad**. La calidad, hoy, en un territorio que es la expresión madura del turismo de masas, requiere soluciones conceptualmente simples pero de gran contundencia y repercusión infraestructural: hospitales, carreteras, buenos servicios y playas limpias. Pero la calidad, en un destino turístico, es también otra serie de factores: equipamientos, lugares, eventos, patrimonio, costa e interior, playas y olivares ofertas que, en sí mismas o en su complementariedad, justifiquen el desplazamiento a ese destino desde lugares remotos. *(Como me comentaba no hace mucho el profesor y economista, experto en turismo, Enrique Torres, todavía está esperando a que un operador local sepa meter en un mismo paquete turístico esa maravilla que son los nueve pueblos de la Sierra de las Nieves malagueña con la oferta de sol y playa, de alguien que sepa ver la rica complementariedad entre el litoral y el interior).*

En definitiva, la CALIDAD, hoy, es un concepto ligado al doble objetivo de **fascinar** al turista y **proporcionar calidad de vida cotidiana a la rica variedad de sus residentes**, y ello alude muy especialmente a la **diversidad**, en el espectáculo, en el equipamiento, en los valores patrimoniales, en los servicios y en la accesibilidad. La diversidad de actividades, la movilidad y la máxima accesibilidad a los espacios en donde aquellas se desarrollen, la máxima capacidad de integración social, la atención a todo tipo de dependencia como una generalizada extensión de la perspectiva de género, la coexistencia de funciones en un mismo lugar todo ello son caracteres que la mayor parte de Andalucía y, desde luego, la Costa del Sol, atesora y que nos ponen en la pista de una nueva forma de mirar el territorio que, a la postre, nos deberían llevar a un nuevo tipo de ciudad, equilibrado y sostenible, en la medida en que **estamos hablando de un espacio de actividades productivas, y no una simple materia**

**prima quemada en el hecho mismo de construir.** Espacios en los que la coexistencia del trabajo y el ocio son elementos sustantivos de un concepto unitario de **RESIDIR** que el movimiento moderno segregó. Espacios que han permitido a los jóvenes trabajadores del conocimiento iniciar su vida laboral o investigadora en el mismo lugar de la residencia, y para continuarla, bien como trabajo o afición, en el caso de una población mayor de 50 años cuya esperanza de vida hoy se ha prolongado más de un cuarto de siglo. Residencias ligadas a los servicios primarios y dotaciones básicas- equipamiento, ocio, hostelería, lugares de encuentro y relación, etc- que minimicen buena parte de los desplazamientos cotidianos. Y ordenaciones que incorporen la naturaleza a una nueva concepción de lo urbano. Me explico:

La legislación urbanística vigente, creyéndose proteccionista, ignora y desprecia el medio natural porque, en una sociedad que es preciso entenderla conceptualmente según la hipótesis lefevbriana de sociedad urbanizada, lo excluye de la razón urbana, lo confina en “el negativo” de lo urbano, lo absolutamente OTRO. El paisaje condenado a su exclusiva productividad agrícola y punto. Ése es el monumental error que ha dado lugar a que el SEPRONA haga horas extras y que, como decía un titular reciente del diario “SUR” de Málaga, las inspecciones de las cientos de miles de viviendas ilegales que hoy crecen como setas en el campo vayan por la letra “B”, después de haber pasado por Alcaucín. Suena políticamente incorrecto y puede escandalizar a los bienpensantes descomprometidos, pero la única manera de preservar el paisaje, el campo, el medio natural, es, precisamente, incorporándolo a esa “razón urbana”. Sólo así el medio natural puede ser objeto de **políticas activas de preservación e incremento** y no sólo pasivas y prohibicionistas, que en la mayor parte de los casos son vulneradas por la vía del descontrol, la marginalidad y la autoconstrucción.

Para no perdernos, quisiera dejar claro que todo lo que aquí estoy exponiendo, desde mi modesta opinión no es otra cosa que el convencimiento íntimo de que la salida de la crisis está íntimamente vinculada a otra forma de ordenar el territorio. Ni la legislación vigente ni las inercias mentales favorecen este propósito y si no que se lo pregunten a los redactores del POT de la Costa del Sol Occidental y sus dificultades para enfocar el territorio desde otros supuestos distintos.

Ya que hablamos del POT, una medida acertada contemplada en el documento es la definición de unas Áreas de Centralidad para lograr una inteligibilidad de la conurbación costera. Se trata de evitar la confusión, el carácter difuso que aportan las urbanizaciones extensivas, que puede llegar a producir una auténtica paranoia al sentirse como un naufrago en el océano indiferenciado de la urbanización extensiva y difusa. Se trata de hacer de lo inconcreto ininteligible una red de lugares comprensibles, como hablábamos antes. Proveer elementos de centralidad sólo redundará en beneficio de esa visión policéntrica en la que hoy debe expresarse lo urbano en la gran metrópoli, **acentuando los sentimientos de pertenencia a los lugares.** En esta línea, consideramos que el futuro ferrocarril de la costa, más allá de su estricto recorrido vertebrador de todos los municipios, resulta clave en su función intermodal, cuyas estaciones determinarán, en muchos casos, oportunidades latentes para esas nuevas Áreas de Centralidad. La forma de vida de la Costa, en un panorama deseable de completa desestacionalización, es el de una movilidad diversa y fluctuante, como corresponde a un **territorio en el que se reside, se trabaja y, en una gran medida, se dedica al tiempo del ocio.** Las vías de comunicación, sea cual sea el carácter de éstas (desde la Autovía, la proyectada Vía intermedia por el POT y las plataformas reservadas hasta los recorridos paisajísticos y peatonales), constituyen un sistema de mallas superpuestas, vinculadas

y “tematizadas”. Desplazarse es un segmento importantísimo de nuestro tiempo vital, no es un “tiempo muerto”, transitivo entre “estancias”. El desplazamiento nos transmite mensajes, nos conducen a importantes puntos de destino, a hoteles, a playas, nos llevan de una ciudad a otra y, a veces, deparan unas visiones de estas ciudades que pueden ser maravillosas o degradantes. Los “ejes” urbanos, los recorridos sinuosos o paisajísticos, el cómo estén diseñados, pueden ser lapsos temporales emisores de calidad o degradación (caso de la Avenida Antonio Machado en Benalmádena, etc). La movilidad, el transporte, en un lugar turístico, no es sólo desplazamiento, es algo que tiene una función simbólica, icónica, representativa en una importante medida de la madurez del lugar y su sensibilidad territorial.

Y esto nos remite a otro aspecto de la Costa, a mi juicio, insuficientemente analizado: el concepto de “Ciudad Personal”. En la costa, y eso lo sabemos bien los que trabajamos a lo largo de ella, los habitantes no sólo se mueven por la ciudad, sino que crean su propia ciudad y su propia centralidad al moverse. En cierto modo, podemos decir que hay tantas ciudades como uno pueda fabricarse en sus desplazamientos cotidianos, como ya analizaba en su momento el sociólogo Robert Fishman al acuñar el término de “tecnoburbio”. La saturación viaria que hoy padece la costa no se debe sólo al déficit de sus infraestructuras de comunicación, sino al hecho de que ésta es variable, aleatoria, compleja (casi fractal, podríamos decir), como corresponde a los innumerables modos de vida que concurren en el mismo lugar, como un conjunto de matrices superpuestas. Es éste un asunto deter-

***“Sólo con el espíritu esencialmente antiburocrático que encierra la innovación podremos dejar de mirar con lentes viejas problemas que son nuevos y tal vez así, turismo y planeamiento urbano, se den cuenta de que esos territorios de la imaginación que son los espacios turísticos pueden ser también lugares donde lo cotidiano se convierta en una fantasía permanente”.***

minante, toda vez que entre los aspectos más negativos de la Costa del Sol, según el Plan Qualifica, recogiendo la opinión de los turistas, está, precisamente, la accesibilidad y la movilidad.

Otras actuaciones que el planeamiento debiera acometer son las recualificaciones de Áreas obsoletas. Nos referimos a sectores urbanos que en su momento fueron “catalizadores” de la calidad y hoy han perdido ese atributo hasta el punto de conformar una especie de “geografía de la degradación” (Con indisimulada delectación determinados programas de la televisión basura, con el pretexto de ejercer el periodismo-denuncia, han estado exhibiendo lugares de la geografía española con estas características, entre los cuales la Costa del Sol aportaba unos cuantos). Actuaciones que pueden ser de envergadura, estratégicas, mediáticas, con gran efecto regenerador del entorno por su uso y fuerza icónica y, en otros casos, se trataría de operaciones casi “minimalistas” (una simple plaza, un tramo de calle, una intervención artística sobre el espacio público ) Se trata con ello de invertir la escala de valores con la que la Costa se ha contemplado: de campo de maniobra anárquico para el libre juego de la simple actividad inmobiliaria a la visión redentora de espacios tenidos por irrecuperables: demostrar- y esto sí que es innovación- la capacidad disciplinar del urbanismo para rehabilitar los centros modernos, que cualquier lugar de la costa, por irredento que parezca, puede tener un enfoque, un punto de vista que lo redima del rol negativo con que está lastrando la imagen de su municipio o del lugar en que se enclava. A veces, si se saben mirar las cosas desde el ángulo adecuado, un “defecto” puede transformarse en un “efecto”. *(En este sentido hoy día, en plena crisis, el mundo va a tener que encontrar una fuente de*

*productividad en algo tan paradójico como lo que podríamos llamar “des-productividad”, en arreglar lo desarreglado, en compensar la huella ecológica de las urbanizaciones extensivas, en transformar las energías sucias en energías limpias, en rehabilitar lo mal construido, en reurbanizar lo mal urbanizado, en repoblar los campos desertizados, en acercar lo separado, transformar en paisaje los vacíos territoriales y los espacios toscamente antropizados esto, que podríamos llamar algo así como el “sistema productivo de la regeneración universal”, obedece al principio de lo que Carlos Hernández Pezzi ha denominado “crecimiento hacia adentro”, y puede ser una verdadera industria generadora de riqueza que habría de tener en los territorios turísticos su más claro campo de maniobra y aplicación)*

Otro aspecto que nos parece esencial es la incorporación a un concepto amplio de la Costa del Sol de pueblos y paisajes excepcionales como los de la Serranía de Ronda y la Sierra de las Nieves. Pero no estoy hablando aquí de esa acepción, algo casposa, del “tipismo” como reclamo publicitario en la trastienda para la potenciación del litoral. En la misma línea de lo expresado anteriormente sobre el medio natural, me niego a plantear la dicotomía mundo urbano-mundo rural, como si el primero fuera la razón y el segundo lo exótico, la extravagancia, lo “otro”, es decir, lo típico o, peor, lo cateto. Creo que un mundo que no sabe más que hacer interpretaciones duales está incapacitado para entender que los maravillosos pueblos de la Sierra de las Nieves, por ejemplo, embarcados hoy en un programa extraordinario de revalorización de sus valores étnicos y arquitectónicos, forma parte de la “normalidad” del territorio, que es una opción de vida y residencia de enorme calidad, que se puede trabajar en ellos sin estar “fuera de mercado”, que están en la red y a poca distancia de la costa y de la capital y que, en definitiva, son emisores permanentes de excelencia turística y depositarios, casi en exclusiva, de una oferta innovadora de turis-

mo de naturaleza, gastronómico, aventurero o de fin de semana durante los doce meses del año, a poco que actualice su oferta de alojamientos en las mismas casas rehabilitadas de los núcleos, con hoteles pequeños y “con encanto”. Quiero decir con esto que no debemos considerar estos lugares como alternativas a la Costa del Sol, lo cual sería un error, sino Costa del Sol pura, pero en otro de sus múltiples y más acreditados registros.

Ni que decir tiene que ninguna medida de planeamiento urbano para la crisis tendría credibilidad si no se abordan asignaturas pendientes en cuanto a las más elementales infraestructuras de servicios como, por ejemplo, el Plan de Saneamiento Integral de la Costa. Por otro lado es preciso preservar **rigurosamente** los (escasos) parajes naturales que quedan (por ejemplo, las dunas de Artola). Pero dicho esto, en los laboratorios distantes y mesetarios donde se cuecen las normas urbanísticas y su jurisprudencia no se han enterado de que en un municipio turístico la franja litoral es, en obligada coexistencia, por una parte medio natural (en tanto que mar y arena) y al mismo tiempo espacio libre urbano, similar a los parques y jardines de nuestras ciudades. ¿Alguien se escandalizaría porque en esos parques hubiera unos bares, kioscos o restaurantes con la necesaria dignidad de su arquitectura y su servicio? La artificiosa polémica desatada el año pasado, y aún no del todo concluida, por la actitud del Ministerio del Medio Ambiente con respecto a los chiringuitos es un claro ejemplo de no entender nada.

Y voy terminando con un par de evidencias, al menos para mí: una es la incomprensible claudicación de la Costa frente a las enormes posibilidades del turismo de invierno cuando las ofertas que Málaga puede lanzar al mercado en esa estación las haría en régimen de monopolio, pues nuestro clima privilegiado es el principal capital fijo de nuestra empresa. La capital parece que empieza a reasumir el papel perdido

en el terreno de la oferta cultural y hay un segmento, el deportivo, sorprendentemente sin explotar si exceptuamos los campos de golf, a veces denostados por irracionales apriorismos. Creemos que el gran potencial de Málaga, el distintivo, el exclusivo, está en su turismo de invierno, pero éste, después de tan prolongado abandono, tendría que ser reinventado de nuevo y desde su propia esencia turística, que alude más a instalaciones deportivas, centros de Alto Rendimiento, Escuelas y, en definitiva, a equipamientos, que a promociones inmobiliarias. Por otro lado, y como argumentaba lúcidamente el escritor Michel Houellebecq- último Premio Goncourt- frente al arquitecto Rem Koolhaas, no hay que tener reparos en que la costa acoja a un buen número de europeos de una tercera edad que, en algunos casos, empieza a los 55 años desde el punto de vista laboral. **Resultan insultantes las opiniones que califican la Costa como el “asilo de Europa”,** calificando peyorativamente al segmento demográfico de los jubilados, cada vez más numeroso, con más esperanza de vida y con alto poder adquisitivo, en una consideración drásticamente contraria a la **visión supuestamente integradora** de la Ley de Dependencia.

Por último, no quisiera terminar sin una mención a las nuevas tecnologías del conocimiento aplicadas a la innovación y al desarrollo. Nadie discute el papel estructurante del Turismo en nuestra economía. Pero sorprende la contradicción entre la vehemencia con la que reclamamos su carácter netamente industrial y la relativa debilidad que en el sector ha tenido la aplicación consecuente del I+D+i que en cualquier proceso industrial es el eje medular de su supervivencia. No hace mucho entre el aplauso de unos y el recelo de otros, el presidente de la Junta de Andalucía presentó el Plan de Innovación del Turismo Andaluz. Pueden estar justificadas las dos posturas: esta volatilidad del dinero, esta alquimia financiera de esas hipotecas “sub prime” que nos ha llevado a la ruina y a una fabulosa sobrevaloración de la nada, tiene

algo que ver con este vacío simbólico en el que flota uno de los mitos del presente: la INNOVACIÓN como fundamento de la competitividad, y es lógico que recelemos del concepto. ¿Es que acaso ese concepto no era el que impulsaba ya a Galileo, a Newton, al inventor de la tejedora “Jenny” o al de la fregona “Vileda”? ¡Naturalmente que hace falta innovación para ser competitivos en cualquier cosa!, pero el “que inventen ellos” de Unamuno sigue aún tristemente vigente en un país como el nuestro que invierte menos en innovación que Bulgaria o la República Checa. (*Ayer mismo 2.500 científicos enviaban al gobierno un manifiesto contra los drásticos recortes presupuestarios en Innovación*) Además, la innovación es un medio para aplicarlo a algo, y no- perdónenme la expresión- ese huero pedo en botija que tiene su fin en su propia disolución. Por otra parte, en una economía globalizada uno no puede ser competitivo en el terreno que quiera sino en el que le dejen. Variar la geografía productiva del planeta es una empresa titánica que sólo está al alcance de países que unen su galvanización en torno a un liderazgo con el “carpe diem” de una coyuntura económica propicia. Pero a nosotros nos dejan ser competitivos en un sector como el Turismo, lo cual no es una mala noticia sabiendo, como repetidamente hemos dicho, que supone el 10% del PIB mundial empleando al 10% de la mano de obra, siempre y cuando, efectivamente, apliquemos el conocimiento y la innovación a los métodos, a los productos y a los procesos. Aplicar la innovación al turismo es una cuestión de supervivencia. Pero para ello empecemos a aplicar la innovación a la comprensión de un territorio retocando unas leyes urbanísticas espesas y generalistas que han dejado tirados a los alcaldes en la complejidad de sus conflictos, han ignorado la diversidad topológica de una región que duplica en superficie a la de Suiza, han disparado los costes del planeamiento y su ejecución con trámites interminables que no tenían otro objetivo que alimentar la propia burocracia o satisfacer exigencias gremiales, so pretexto de defender los valores de

la naturaleza y los derechos de los ciudadanos. Sólo con el espíritu esencialmente antiburocrático que encierra la innovación podremos dejar de mirar con lentes viejas problemas que son nuevos y tal vez así, esos dos conceptos que andan por aceras paralelas mirando para otro lado, turismo y planeamiento urbano, se den cuenta de que esos territorios de la imaginación que son los espacios turísticos **pueden ser también lugares donde lo cotidiano se convierta en una fantasía permanente**. Hay pocos lugares en el mundo así, y nuestra región, en la rica complementariedad de sus diversidades, puede ser uno de ellos si, a despecho de nuestra infame burocracia, conseguimos subirnos al tren de la imaginación.